

*LA MONJA ALFÉREZ DE JUAN PÉREZ
DE MONTALVÁN:
COMEDIA AMERICANA DEL SIGLO XVII*

EN EL AÑO DE 1892, *La Ilustración Española y Americana* de Madrid dedicó todas sus páginas a la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. En el tomo que correspondía al segundo semestre de dicho año, escribió D. Antonio Sánchez Moguel un artículo corto y acertado sobre *El alférez doña Catalina de Erauso*, añadiendo unos cuantos versos de la comedia de Juan Pérez de Montalván.¹ La vida y las hazañas de doña Catalina se han comentado de vez en cuando, pero no se ha discutido casi nunca *La monja alférez*, comedia del discípulo y primer biógrafo del gran Fénix de los Ingenios, Lope de Vega Carpio.²

Según Sánchez, Moguel y otros muchos críticos, “La existencia de este fenómeno antropológico [doña Catalina de Erauso] consta del modo más auténtico en documentos y testimonios fehacientes de su época” (p. 6). Nacida en San Sebastián en 1592, hija del capital Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce, la futura guerrera fue bautizada el día 10 de febrero del mismo año en la iglesia de San Vicente. Muy joven, siguiendo el lema “Iglesia o mar o casa real,” fue entregada como alumna al convento de monjas dominicanas de San Sebastián el Antiguo. No gozando de vocación religiosa, y a pesar de la conveniencia de su familia, sus condiciones de carácter la llevaron a abandonar el convento antes de abrazar una profesión contraria a sus inclinaciones y deseos. A la edad de dieciséis años tal vez, hela camino del Nuevo Mundo, vestida de hombre, para sentar plaza de soldado, abrazando la carrera de las armas, llegando a ser militar de profesión y rivalizando con los mejores en valor y heroísmo. Durante un espacio de unos quince o más años, sirvió de alférez del ejército español, en Chile y en el Perú—sin que se descubriese nunca su sexo verdadero.

Se pregunta muy a menudo de qué manera logró doña Catalina

¹ Año XXXVI, Tomo LIV (Segundo Semestre de 1892), pp. 6-7.

² Véase *The Nun Ensign translated from the Spanish with an Introduction and Notes by James Fitzmaurice-Kelly*; also “*La monja alférez*”, a Play in the Original Spanish by Juan Pérez de Montalbán. Londres, 1908 [Comedia: pp. 145-287.]

burlar la vigilancia conventual y escaparse disfrazada de hombre para perderse en un mar de aventuras. De un modo u otro sí que se escapó de su patria este más elocuente de todos los ejemplos de espíritus inquietos y aventureros, sin llegar a averiguarse su verdadero ser.³ Claro está que doña Catalina generalmente buscó evitar toda proximidad o convivencia con los otros personajes que pusiesen en peligro su incógnito, aunque se lee que durante algún tiempo luchó al lado de su propio hermano, quien según la historia no, pero según Juan Pérez de Montalván sí reconoció la verdad del caso. Ayudaba en el disfraz su aspecto varonil, “con algunos pocos pelillos por bigote”, y el hecho de que, según un documento contemporáneo, no tenía pechos. “Desde muy muchacha —escribió Pietro della Valle en una carta de Roma de Julio de 1626— me dijo haber hecho no sé qué remedio para secarlos y quedar llanos, como le quedaron: el cual fue un emplasto que le dio un italiano que cuando se lo puso le causó gran dolor; pero después, sin hacerle otro mal, surtió el efecto.” Ciertamente es, añadió el autor de la carta, “parece más eunuco que mujer.”⁴

Otros muchos casos semejantes, de mujer vestida de hombre, se registran, sobre todo en la literatura del día.⁵ Ejemplo interesante es el de la criada Leonor de *La fénix de Salamanca*, de Mira de Amescua, la cual pasando por hombre, ha convivido dos meses con Solano, lacayo, y dormido en la misma cama sin que él la reconozca. Aunque este compañero se va siempre a la cama templado por el vino, sin embargo “siente” que existe en el otro algo curioso:

Porque cuando te acostaste
cierto olorcillo me diste
con que el alma me encendiste
y las entrañas me helaste;
y tras esto, un comenzón,

³ “Lo que más es de admirar en el Alférez Monja es que pudiera conservar, como rigurosamente conservó, el secreto de su sexo, de tal modo que en los quince años que sirvió en Chile no fuera conocida sino por hombre...” (Sánchez Moguel, p. 7).

⁴ Según Sara Jarpa Gana de Laso (*La monja alférez*, Santiago de Chile, 1960, p. 17), fue una india mexicana quien “le recetó colocarse compresas de ciertas hierbas en el busto”.

⁵ Véanse, por ejemplo: J. Homero Arjona, “El disfraz varonil en Lope de Vega”, *Bulletin Hispanique*, XXXIX (1937), pp. 120-45; Carmen Bravo-Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español (siglos xvi-xviii)*, Madrid, 1955 (Sobre este libro: B. B. Ashcom, “Concerning ‘La mujer en hábito de hombre’ in the *Comedia*”, *Hispanic Review*, XXVIII (1960), pp. 43-62); M. Romera-Navarro, “Las disfrazadas de varón en la *Comedia*”, *Hispanic Review*, II (1934), pp. 269-86.

un fuego vivo, una llama,
que ni yo cabía en la cama,
ni en el cuerpo el corazón.
Y si acaso me extendía
y con los pies te tocaba,
un no sé qué me picaba
y como pulga mordía
y con aquesta inquietud
tuve noche toledana.

(Jornada Segunda, *Biblioteca
de Autores Españoles*, XLV, 80c)

Según la historia, se terminó la vida guerrera de la monja alférez cuando casi a punto de morir de unas heridas confesó al obispo que era mujer. Restablecida en su salud y despedida del ejército, pasó unos años en España, con una visita a Roma en 1626, para embarcarse, en 1630 más o menos, para Vera Cruz. Según algunos relatos, desapareció misteriosamente en aquel entonces, pero según otros, siguió la carrera de arriero, siempre vestida de hombre, en jornadas desde la costa hasta México, muriendo en Cuitlaxtla, a mediados del siglo xvii.⁶

Juan Pérez de Montalván escribió su comedia sobre unas hazañas verídicas y ficticias de doña Catalina de Erauso en 1626, probablemente, porque la obra dramática termina con las palabras:

Que hoy está el Alférez Monja
en Roma...

(III, ix, 287),

y en Roma estuvo ella en 1626. Sin duda alguna conocía Montalván algunas relaciones ya escritas sobre dama tan famosa, y posiblemente llegó a conocerla personalmente o a darse cuenta de su vuelta a España cuando el joven dramaturgo frecuentaba la capital de su patria.⁷

En manos de Juan Pérez de Montalván, las aventuras de doña Catalina forman una comedia de capa y espada, considerablemente adulte-

⁶ *Relación prodigiosa de la vida y hechos de Catalina de Erauso, monja de España, soldado y alférez en Lima, y traficante en México, donde falleció en el pueblo de Cuitlaxtla el año de 1650* (México, 1653). Véase Fitzmaurice-Kelly, p. 295.

⁷ Según una declaración de Sara Jarpa Gana de Laso (p. 35), la cual no resulta muy verosímil, “Allí [en la Coruña] [doña Catalina] conoció al dramaturgo, compatriota y contemporáneo Juan Pérez de Montalván, quien la hizo protagonista de una comedia histórica basada en los mismos relatos que le iba proporcionando la ‘Monja Alférez’”.

radas en narraciones novelescas. La versión dramática puede llamarse una presentación fantástica de unos pocos aspectos de su vida soldadesca, porque dicha versión resulta plagada de anacronismos y absurdas invenciones.

La trama de la versión dramática de Juan Pérez de Montalván, en resumen, es que doña Ana, de Lima del Perú, se entera de que su amante, Alonso de Guzmán (verdaderamente Catalina, vestida de hombre) tiene que trasladarse a Callao, una distancia de dos leguas. Guzmán promete continuar las visitas nocturnas siempre que sea posible. En una escena siguiente, un amigo de Guzmán, don Diego, le regala a él un penacho de plumas; a su vez Guzmán le regala a Diego un par de guantes, "muy bordados".

En Callao está haciendo el servicio militar Miguel de Erauso, el cual recibe una carta y un retrato de su padre de San Sebastián. Del padre llega a saber que su hermana Catalina está en el Perú, disfrazada de soldado. En una escena siguiente, Guzmán le salva la vida a Miguel de Erauso, quien reñía con el "Nuevo Cid", un oficial fanfarrón. Guzmán (o Catalina) reconoce que Miguel de Erauso es su hermano; Miguel tiene sospechas de que sea su hermana este militar tan valiente Alonso de Guzmán.

Una noche más tarde, Guzmán está para entrar en la casa de doña Ana en Lima, pero por miedo de la presencia del padre de ella, se retira, dejando que entre por burlas don Diego, enamorado de doña Ana. Aun más tarde, en Callao, Miguel de Erauso trata de aclarar sus sospechas, y entra en un duelo con su hermana. La dama disfrazada de galán resulta ganadora, dejando al hermano gravemente herido.

En el acto segundo, después de un período de tres años dedicado al servicio del Rey en Chile, regresa Guzmán a Lima y se entera de que perdió doña Ana la honra esa noche fatal de la equivocación de amantes. La deshonrada se quedó con los guantes del desconocido, indicio claro a Guzmán de que el seductor fue don Diego. Guzmán (o doña Catalina) insiste en que Diego se case con doña Ana, para reparar la opinión perdida; pero Diego, temiendo que doña Ana pensase aceptar a otro amante, se opone. Guzmán revela, bajo palabra secreta de caballero, que "el otro amante" era ella, una mujer. Perdidamente enamorado de doña Ana, y convencido ahora de que no existe rival alguno, Diego está contento.

El Nuevo Cid, a pesar de los tres años transcurridos, no se ha olvidado de la pelea con Guzmán, y una noche en Lima reanuda el ataque. Guzmán le mata, y el Virrey prende a Guzmán, quien sale sentenciado

a muerte. Para salvarle la vida a la monja alférez, Diego revela al Virrey el sexo verdadero de la disfrazada, causándole penas enormes.

En el acto final, ya averiguada la verdad del caso, Guzmán (o mejor dicho doña Catalina de Erauso) tiene que adoptar hábito de monja y embarcarse para España. Sumamente enojada por la acción reveladora de don Diego (¡a pesar de salvarle la vida!), Catalina jura venganza, ahora declarando muy vigorosamente que Ana no era inocente. Para aclarar mejor la situación, Diego viaja a España, seguido de doña Ana, quien trata de probar su inocencia. Después de un entrevista bastante violenta entre don Diego y doña Catalina, en que “le da a don Diego con el bastón,” y sacan ambos las espadas, confiesa doña Catalina su culpa, mostrando su virtud sobresaliente, en vencerse a sí misma, y ganando más valor “que venciendo ejércitos de enemigos” (III, ix, 287).

Sabemos que en el *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* declaró Lope de Vega que “suele / el disfraz varonil agrandar mucho” (versos 282-3), y sabemos que había en tiempos de Lope ciertas actrices que solían hacer el papel de disfrazadas de una manera extraordinaria; por ejemplo, “la famosa Jusepa Vaca, que tan gallardamente lucía en traje de hombre” (Romera-Navarro, p. 285). En el caso de doña Catalina de Erauso (o mejor dicho, de don Alonso de Guzmán de la comedia), Juan Pérez de Montalván se esmera en la caracterización de su protagonista, siendo ella el personaje de alma más rica y mejor matizada. No tiene ya la seducción de una feminidad atrayente, sino la ferocidad de un carácter excesivamente varonil, que armoniza más con el vestido masculino. La imaginación del dramaturgo, siguiendo los hechos históricos además de fantásticos, lejos de embellecer, “ha afeado la figura de la heroína que intentaba enaltecer con sus invenciones, al convertirla en personaje ya de comedia de capa y espada” (Sánchez Moguel, p. 6). Ahora es “una dama de espíritu inquieto y aventurero que se engalana con el disfraz varonil para lucir caprichosamente sus bizarrías” (Arjona, p. 124); y se parece mucho a esa María Pérez de *La varona castellana* de Lope de Vega:

Ya me muero por la guerra,
piérdome por cuchilladas,
en dos desnudas espadas
toda mi gloria se encierra.
Ver que éste entra, aquél repara,
mis fiestas y gustos son.
Nácenme en el corazón
los que no tengo en la cara.
Ver matar es mi alegría.

(*Acad.*, VIII, 226b)

Uno puede preguntarse inmediatamente al comenzar la jornada primera de *La monja alférez* de Montalván, por qué como hombre está haciendo Guzmán el amor a doña Ana, galanteándola discretamente, hasta hacerla llorar por razones de la ausencia futura en Callao. La razón más evidente sería la de disimular con más seguridad su sexo; a menos de que no exista subconsciente en esta heroica-guerrera una anomalía casi patológica, una inclinación hacia el lesbianismo, que la hace fomentar la conquista como si fuera un don Juan. La explicación de no consumir la relación amorosa —y doña Ana lo quiere con mucho ahínco— sale a luz en las palabras del gracioso Machín: que ha hecho Guzmán voto de castidad; un voto de castidad que en estos momentos, según el criado, “pasa gran tempestad” (I, ii, 152). Los celos que inspiran las constantes relaciones entre Guzmán y doña Ana salen a relucir en una conversación entre don Diego y su compañero Tristán: para todo el mundo Guzmán (o doña Catalina) es lo que hoy llamaríamos “un macho completo”, y todos los galanes le envidian sus proezas. Capaz de jugar con destreza a los naipes (aunque “más a los dados se acomoda” [I, vi, 162]), sabe reñir y darle al enemigo con la daga (I, vi, 165), hasta matarle con la misma facilidad que se rompen muñecos de alfeñique. En todas partes hace ostentación de sí “como un joven enamorado y pendenciero”,⁸ castigando al que insultó a su hermano y al que causó a doña Ana “la muerte de su honor” (II, v, 208). Pero a fin de cuentas, después de la revelación forzada de su sexo, como ya lo explicamos, supo vencerse a sí misma (lo cual según Cervantes “es el mayor vencimiento que desearse puede” [*Don Quijote*, Parte II, Cap. LXXII]). Dominó sus pasiones anormales y sus inclinaciones vengativas, perdonando a don Diego y a los que trataban de reprimir sus andanzas aventureras. Insistió, sin embargo, en mantener la libertad que vibraba dentro de su espíritu, dentro de su cerebro y dentro de todo su ser.

En esta comedia, Juan Pérez de Montalván apela a un caso excepcional y a la novedad del asunto para despertar la curiosidad y atraer la atención del público. Su maestro, Lope Félix de Vega Carpio, ya había establecido las posibilidades dramáticas del disfraz varonil dentro de los límites de la verosimilitud en un número bastante grande de dramas. Los dos dramaturgos, diligentes conocedores del corazón temerino, lograron sorprender en él cierta inquietud, cierto deseo de libertad, y cierta ambición de aventura. En Catalina de Erauso descubrió

⁸ Manuel Serrano y Sanz, *Autobiografías y memorias*, Madrid, 1905, p. clxi. (Capítulo I: 2. “Doña Catalina de Erauso, La Monja Alférez.”)

también Juan Pérez de Montalván un continuo amor patrio y un gran fervor religioso (expresados por sus peleas por el Rey y por la Fe), sacando a la escena de Madrid y de otras ciudades donde florecía el drama,

a “una mujer soldado
y una monja alférez...
el prodigio más extraño
que en estos tiempos se ha visto.”

(III, iii, 257)

En ese juego de “mercadería vendible” comprendía Juan Pérez de Montalván (y Lope de Vega también) el valor dramático del recurso del disfraz varonil; y los escritores del día sacaban gran partido de éste en el campo de la literatura. De [*La monja alférez* de Montalván] salen posteriormente”, según Carmen Bravo-Villasante (p. 142) “todas las derivaciones de damas capitanes y soldados; en ella puede verse ya el origen de la degeneración del tipo: la protagonista, Catalina, es matona, jugadora empedernida y mal hablada”. Es mujer de tipo anormal, exagerado hasta la deformación de una caricatura” (Bravo-Villasante, p. 154).

Nadie comprendía nunca —escribió Raúl Morales-Alvarez de Chile en 1938— que el espíritu de la Monja Alférez era un producto legítimo de ese siglo afiebrado, nervioso y pintoresco, que dio a España hombres como Hernán Cortés, Cervantes, Murillo o Francisco Pizarro. Que si asesinó muchas veces, fue heroica siempre. Que la cruz de su triste destino, empapado de sangre, lo estaba también en el dolor creador de héroes y artistas que entonces llenaba el alma española de la época.⁹

Si Juan Pérez de Montalván no tuvo sumo éxito dramático en la presentación de doña Catalina, a lo menos contribuyó a que siguiera adelante la fama de la monja alférez, la cual fama continuamos nosotros también al rendirle homenaje hoy.

JACK H. PARKER

Universidad de Toronto

⁹ Raúl Morales-Alvarez, *La monja alférez (Crónica de una vida que tuvo perfil de romance)*, Santiago de Chile, 1938, 1938, p. 109. (Una obra publicada en *Excelsior*, 1/12/38.)